

La Vida como don

Juan 20, 19-31

Cuando leo el relato de las apariencias de Jesús resucitado en el capítulo 20 de Juan me provoca un poco de confusión. Por un lado, parece que nadie entiende lo que está pasando. María Magdalena llega a la tumba y encuentra la piedra movida y la tumba vacía. Corre para contárselo a los discípulos, y luego dos de ellos vienen y descubren lo mismo. Y todos tienen la misma idea: alguien ha robado el cadáver. María dice a los ángeles: *“Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”* (20,13). A ninguno se les ocurre que Jesús se ha resucitado. ¿Por qué?

Su confusión es curiosa porque a lo largo del Evangelio de Juan se nos dice que la vida verdadera, la vida eterna se encuentra en Jesucristo, el Hijo de Dios. Tan pronto como 1,4 leemos: *“En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.”* Escuchemos algunas otras referencias a Jesús como la fuente de la vida.

A Dios nadie lo ha visto jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer (1,18).

De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna (3,16).

El que oye mi palabra y cree al que me envió tiene vida eterna, y no vendrá a condenación, sino que ha pasado de muerte a vida. ²⁵ De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán (5,24-25).

Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (8,12).

Y finalmente las palabras famosas a Marta después de la muerte de Lázaro.
Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. ²⁶ Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente (11,25-26).

Todos estos pasajes y más nos preparan para la resurrección de Jesús, pero cuando María encuentra la tumba vacía la primera cosa que se le ocurre es que alguien ha robado el cadáver. Pedro y los otros discípulos piensan lo mismo. Así que cuando están encerrados, escondiéndose de los judíos Jesús les aparece, y no entienden nada.

Surge la pregunta. ¿Qué creían los discípulos sobre la resurrección antes del evento? ¿Cuál era el marco ideológico que tenían sobre la resurrección que serviría para interpretar la experiencia?

Algunos de vosotros pensáis que la resurrección era un concepto nuevo para los discípulos, pero no es cierto. Es una idea antigua en muchas culturas, incluso en Egipto. En la época de Jesús la gente tenía una gran variedad de creencias respecto a la muerte y la vida postrera. Dentro del judaísmo mismo había diversidad de ideas, pero quiero presentar lo que pensaban los fariseos porque es el modelo más cercano a lo que encontramos en los evangelios y en el Apóstol Pablo. María Magdalena, Pedro y los otros discípulos probablemente compartían la idea farisaica sobre la resurrección.

Dentro del judaísmo la resurrección tiene sus raíces en su esperanza para una renovación nacional. Cuando afrontaron la devastación y la desilusión del exilio a Babilonia, que amenazó su sentido de identidad como pueblo, los judíos volvieron a las raíces de su fe en Dios como creador del universo, el dador de vida, el que les había llamado como pueblo propio y había hecho pacto con ellos. De esta fe surgió la convicción de que la fidelidad de Dios era su esperanza última. A pesar del exilio y la destrucción del templo y de su nación, a pesar de la amenaza de la muerte misma Dios actuará para restaurar y renovar el pueblo. Dios vindicará a los fieles y la justicia surgirá victoriosa al final.

Cuando llegamos a los tiempos de Jesús esta creencia se había evolucionado y estaba bien establecida mientras Israel vivía bajo dominio romano. Así que, ¿qué creían María Magdalena, Pedro y los otros sobre la resurrección?

Esperaban una intervención cataclísmica de Dios. Dios aparecería y juzgaría al mundo. En este gran día del Señor, como lo llamaron, Dios levantaría los justos a una nueva vida corporal dentro de una nación judía restaurada, gobernada por el Mesías. En realidad los especialistas judíos y cristianos no están de acuerdo de que si creían en la resurrección general de los muertos donde los injustos son levantados para ser juzgados, o si la resurrección incluiría sólo los justos, que serían resucitados para la vida eterna.

Claramente, sin embargo, la vida resucitada es una vida corporal. No es la resurrección a una existencia no corporal, ni es una reunión de un alma eterna con un nuevo cuerpo. De hecho, la resurrección significa la destrucción de la muerte misma. N. T. Wright, un biblista reconocido y actualmente el Obispo de Durham (RU) dice claramente: “[La resurrección] se trata de, no de una vida *reconstruida* después de la muerte, sino la *inversión* de la muerte misma” (Wright, p. 127).

El individuo no es el enfoque central de la resurrección de los muertos, aunque se resucitan individuos. La intervención de Dios tiene un alcance cósmico. Es una re-

creación, un nuevo cielo y una nueva tierra. Los resucitados reciben nuevos cuerpos y la justicia de Dios se actualiza y predomina. Para María, Pedro y los demás la resurrección significa la restauración de Israel y la nueva vida corporal de pueblo de Yahweh.

Ahora está más clara la confusión de María y los demás. Nadia creía que la resurrección ocurriría a una sola persona. Y no ocurriría desapercibido. El día del Señor sería un día cataclísmico que todos percibirían. Más tarde el Apóstol Pablo acuña las palabras para describir esta resurrección solitaria, las primicias. *“Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida”* (1 Cor 15,23).

Ahora, usa tu imaginación un momento. Tú has visto la crucifixión de Jesús. Has visto la lanza penetrar su costado, y no tienes duda de que ha muerto. María, Pedro y el otro discípulo te han informado de la tumba vacía. Ahora, reunido detrás de puertas blindadas, aparece Jesús. ¿Qué vendría a tu mente? ¿Cómo interpretas lo que estás viendo, según tus creencias personales actuales?

Tomamos un momento para reflexionar juntos desde una perspectiva contemporánea sobre estos temas. ¿Qué crees respecto a la muerte, la vida después de la muerte—si es que crees que hay vida después de la muerte? A un nivel popular la comprensión más común en la sociedad occidental cae en dos posturas. La gente piensa que la muerte es el fin, y no hay existencia después de la muerte, o creen que tienen un alma eterna que es liberado del cuerpo y entran en una vida en otra dimensión. En este caso la resurrección significa que el alma entra en un nuevo cuerpo en algún momento en el futuro, pero es el alma que provee la continuidad entre su sentido de identidad en esta vida y en la próxima. Es decir, yo sigo siendo “yo” debido al alma.

El campo de la neurociencia está descubriendo cómo funciona el cerebro y la relación entre el cerebro como órgano físico y la mente (el pensamiento). Muchas de las propiedades que se asociaban tradicionalmente con el alma-- como el pensar, el sentir, el libre albedrío y la conciencia—se están asociando con diferentes partes del cerebro. Por ejemplo, a través de escaneo de los cerebros de monjes se ha descubierto la parte del cerebro que es más activo durante una experiencia religiosa profunda.

También están descubriendo que los animales y los seres humanos tienen más y más en común. Esto es importante porque tradicionalmente se pensaba que el alma era la parte que distingue el ser humano de los demás animales. Se asociaba el alma con la imagen divina. Algunos interpretan el segundo relato de la creación de la humanidad en Génesis 2,7 como la impartición de un alma cuando dice que Dios *“sopló en su nariz aliento de vida”*. Esto distingue la humanidad de los animales, se creía.

Sin embargo, la neurobiología y la psicología evolutiva están cuestionando profundamente esta comprensión dualista del ser humano. ¿Realmente somos esencialmente un alma que habita un cuerpo? ¿O podemos mantener nuestra creencia cristiana fielmente y mantener un concepto unitario u holístico del ser humano? ¿Es la vida una propiedad esencial que se libera del cuerpo en la muerte y luego se coloca en un nuevo recipiente (cuerpo)?

Según la opción dualista, cuando Jesús murió su alma eterna fue liberada de su cuerpo. Se fue a algún sitio, y más tarde Dios transformó las moléculas de su cuerpo en algo que tenía el mismo aspecto visual, pero realmente no era lo mismo. Podría aparecer en una habitación cerrada y luego desaparecer, por ejemplo. El Jesús resucitado podría hablar con María y los demás discípulos y ser reconocido. Compartirían memorias, que nos dice que Jesús retuvo su personalidad y mantuvo cierta continuidad con su vida terrenal. Según esta perspectiva la personalidad se conservaba en el alma, que es lo que provee la continuidad entre la existencia terrenal y la existencia celestial transformada.

Según la opción unitaria u holística, que sostiene que el ser humano es un conjunto funcional y que no hay una esencia trascendental que llamamos un alma, Jesús realmente muere. Esta afirmación es delicada porque creemos que Jesús es a la vez plenamente humano y plenamente divino, que es Dios encarnado. Así que estamos hablando sobre Jesús el ser humano. Jesús se muere. Cuando Dios resucita a Jesús de la muerte Dios recrea un nuevo cuerpo para Jesús. Dios le transforma de un ser humano mortal, quien se ha muerto, a un ser inmortal que nunca más verá la muerte. Dios destruye la muerte en Jesús. La personalidad, las memorias y demás de Jesús se retienen dentro de Dios mismo y no son conservados en un alma. Dios restituye la personalidad de Jesús como parte de la nueva creación de Jesús.

Estas dos opciones son tema de debate ahora, y nadie debería sentir obligado a elegir uno o el otro ahora. Pero quiero que sepas que la ciencia está llamando en cuestión las creencias tradicionales sobre el alma. Sin embargo, esto no desacredita la creencia cristiana en la resurrección de los muertos. Aunque no tenemos tiempo ahora para demostrarlo, la Biblia no necesariamente exige la creencia en el alma.

Pero una de las preocupaciones principales que todos tenemos es: ¿Qué ocurre cuando uno muere? ¿Adónde van, como la mayoría pensamos que 'se van' a alguna parte?

Antes de responder a esto quiero que consideremos algo. Los primeros cristianos creían que la resurrección final de los muertos ocurrirá en el día del Señor. A veces Pablo refiere a esto como el día del Señor Jesucristo. En este día Dios levanta los muertos. En esta intervención cataclísmico Dios recrea los cielos y la tierra. Esta perspectiva divide la historia humana en dos edades grandes: la edad presente, dominada por el pecado humano; y la edad venidera, donde domina la justicia de

Dios. Esta división de la historia en dos edades provee el antes y después de la visión cristiana. Cuando Dios resucitó a Jesús, este ato anticipa el gran día del Señor. Jesús es las primicias de los que seguirán en aquel día.

Para los que creen que la esencia humana se contiene en un alma, el alma tiene que ir a algún lugar entre el tiempo de su fallecimiento y el retorno de Jesucristo en el día del Señor. Esto se conoce como el estado intermedio de los muertos. Seol en el Antiguo Testamento se conoce como el lugar de los muertos, pero no se concebía como un destino temporal para almas eternas.

Para los que un concepto unitario del ser humano, no hay necesidad para un lugar intermedio. Simplemente están muertos. Su personalidad se retiene misteriosamente dentro de Dios. En el día del Señor, Dios les recrea y restaura su personalidad en la nueva y transformada existencia.

Permitidme una clarificación más. Naturalmente nosotros pensamos en términos de nuestra perspectiva temporal. El tiempo es un factor que afecta toda la vida. Pero cuando morimos el tiempo ya no se aplica. Nuestra relación con el tiempo cambia. Desde la perspectiva de los que vivimos dentro del tiempo cronológico, el día del Señor puede ser futuro, quizás milenios en el futuro. Pero desde la perspectiva de uno que acaba de morir, el día del Señor podrá ocurrir inmediatamente. Las reglas del tiempo cambian. Un especialista bien conocido, F. F. Bruce, lo explica de esta manera.

La tensión creada por el intervalo postulado entre la muerte y la resurrección podrá ser aliviada hoy si sugerimos que en la conciencia del creyente difunto no hay un intervalo entre la disolución y la investidura, cuan largo que sea un intervalo que se puede medir por un calendario de la historia humana terrenal.¹

Ahora volvamos al Evangelio de Juan. Jesús aparece a los discípulos en una habitación cerrada. Él no es una proyección mental de personas sufriendo el luto, ni es un fantasma. Es una persona con cuerpo. Es el mismo Jesús, pero es diferente. Es un Jesús re-creado.

El Evangelio de Juan hace mucho uso de la imagen de la creación. El prólogo nos recuerda de Génesis 1. La resurrección de Jesús es un acto de nueva creación por parte de Dios. Jesús, como representante de toda la humanidad, es transformado de un mortal a un inmortal. La muerte ya no tiene poder sobre él. Y la nueva vida de Jesús es una vida con y para Dios.

¹ F. F. Bruce, *Paul: Apostle of the Heart Set Free* (Grand Rapids: Eerdmans, 1977), p. 312, n. 40. Traducción mía.

Este es el énfasis central que muchos no captamos. Estamos tan enfocados en conseguir la inmortalidad que perdemos de vista la esencia de la vida misma. *La esencia de la vida es vivir en una relación correcta con Dios, con la creación y unos con otros.* Pablo lo dice claramente cuando dice que Cristo murió al pecado pero vive *para* Dios (Rom 6,10). La vida verdadera consiste en vivir en la relación correcta con Dios. Esto define nuestra humanidad creada en la imagen de Dios. Tener o no tener el alma no nos define y no nos destaca de los demás animales. Lo que nos destaca del resto de la creación es nuestra capacidad para relacionarnos con Dios como hijos e hijas.

No tenemos que esperar hasta la muerte o hasta el día del Señor para vivir verdaderamente y plenamente. Podemos entrar en una relación apropiada con Dios ahora mismo. En esencia podemos iniciar la eternidad ahora mismo por amar a Dios con todo nuestro ser y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Este es el mensaje del Evangelio. Podemos iniciar la vida con Dios ahora mientras sigamos a Jesús, y este seguimiento nos da una experiencia inicial en el presente de la nueva creación que nos espera.

La vida es un don: no un derecho, ni una propiedad intrínseca, sino un don. Y cuando Dios nos da la vida nos da sí mismo. De esto se trata Jesucristo, la autoentrega de Dios mismo de un corazón de amor. ¡Te invito a aceptar el don de Dios y a vivir plenamente! Amén

Marcos Abbott
SEUT
El Escorial, España

Bibliografía

Green, Joel B. *Body, Soul and Human Life: The Nature of Humanity in the Bible*. Grand Rapids: Baker Academic Books, 2008. ISBN: 13: 9780801035951

Green, Joel B., editor. *What About the Soul? Neuroscience and Christian Anthropology*. Nashville: Abingdon Press, 2004. ISBN 0-687-02345-9

Wright N. T. *The Resurrection of the Son of God*. Minneapolis: Fortress Press, 2003. ISBN 0-8006-2679-6